

LAS ETNIAS COLONIALES Y EL ESTADO MULTIÉTNICO¹

La historia del indio americano —al norte o al sur del río Bravo— está hecha de resistencias y levantamientos. Mientras escapa a las sierras, el indio perseguido se resiste o se rebela. Sus respuestas defensivas y ofensivas rara vez se distinguen claramente.

El indio transforma su comunidad en una estructura social preparada para resistir en la larga guerra colonial. La comunidad india es mucho más que un refugio. Es la base social para la producción, el comercio, la migración, la rebelión y la política. El mercado y los centros de trabajo obligatorio o asalariado pueden estar distantes, alejados de los campos de guerra o de rebelión. Aun así, la comunidad india es una base estratégica para la resistencia o el levantamiento.

La estructura interna de la comunidad india contribuye a comprender su fuerza. La sobrevivencia de la comunidad india no puede, sin embargo, explicarse sin relacionarla con la organización colonial del trabajo.

La organización colonial del trabajo —desde el capital mercantil hasta el transnacional— preserva a la comunidad india co-

¹ Texto extraído de Pablo González Casanova y Marcos Roitman (coords.), “Las etnias coloniales y el Estado multiétnico”, en *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*, México, La Jornada, UNAM-CIICH, 1996, pp. 23-36.

mo fuente de alimentos baratos y de mano de obra barata. Esta doble función ayuda a comprender por qué la comunidad india no ha sido totalmente aniquilada. La resistencia a través de la comunidad es el origen de la reproducción de la población india bajo condiciones coloniales y neocoloniales. La dialéctica de la resistencia se combina con la dialéctica de la reproducción de la mano de obra colonial y con diferentes formas de acumulación del capital colonial. Siempre que los indios no han suministrado mano de obra o bienes baratos, sus comunidades han sido exterminadas y la población india remanente ha sido erradicada o desterrada a regiones distantes y áridas donde vive en duro aislamiento y miseria extrema.

El hostigamiento al pueblo indio y la permanente expropiación de sus tierras sólo han disminuído cuando la comunidad india se ha transformado en reserva de trabajo explotable y de bienes baratos. Pero aun entonces se han renovado la persecución, expropiación y destrucción de comunidades, cada vez que los grandes latifundios, minas, plantaciones, fábricas u obras públicas han requerido nueva mano de obra y nuevas tierras o recursos naturales.

La historia de la comunidad india va del siglo XVI al presente. Durante ese largo periodo, tanto los conquistadores como los indios han cambiado mucho. Algunos cambios han sido de tal modo trascendentes, que han llegado a ocultar los patrones renovados de la explotación y la acumulación bajo el capitalismo neocolonial. Los conquistadores y los indios han perdido su identidad. A menudo no se consideran a sí mismos como colonialistas y como colonizados. Y sin embargo lo son.

El fenómeno se oculta hasta en las ciencias sociales; los “marxistas ortodoxos” generalmente pasaron por alto el papel del colonialismo interno en la acumulación de capital y en la dominación de los pueblos. Utilizaron categorías de “clases” tales como “semifeudalismo” o “semicapitalismo” sin analizar sus patrones coloniales, periféricos. Las clases dominantes fueron consideradas exclusivamente como clases empresariales burguesas, y los campesinos coloniales, o los obreros coloniales asalariados, como

meros campesinos pobres tradicionales, o como simples trabajadores asalariados. De esa manera se pasó por alto un rasgo esencial de la lucha de clases en estos países: un colonialismo oculto, desconocido en su diversidad actual.

De una generación a otra, en la historia de América Latina las categorías externas se transforman en categorías internas. Los hijos de los españoles, reconocidos por sus padres como “criollos” o “mestizos”, ya no son llamados españoles, mientras que de hecho siguen desempeñando el papel colonialista que solían desempeñar sus padres. El ocultamiento aumenta cuando se logra la independencia política. Los integrantes de las clases dominantes de los nuevos Estados latinoamericanos se llaman a sí mismos “mexicanos” o “bolivianos” y establecen una clara diferencia con los hijos de “la madre España”. Esa diferencia se hace mitológica tan pronto como atribuye a los españoles el papel exclusivo de conquistadores o colonialistas. Pero de hecho, aún hoy, cuando los encomenderos y los hacendados señoriales se han desvanecido, los nuevos empresarios capitalistas rurales, frecuentemente asociados a empresas comerciales, a bancos o compañías transnacionales, siguen jugando los mismos “roles” coloniales que sus antepasados.

No se pueden pasar por alto algunos cambios sustanciales. Se han desarrollado categorías sociales de transición, grupos y estratos sociales intermedios. Algunos obreros, especialmente los que tienen calificaciones y responsabilidades técnicas, sobre todo cuando son contratados por grandes empresas, no pueden ser considerados obreros coloniales. Los comerciantes pueblerinos, los mercaderes de ciudades pequeñas y medianas, frecuentemente logran un estatus social y cultural que los asemeja a la burguesía de los países metropolitanos. Todos ellos y muchos grupos sociales intermedios expresan un cambio significativo en las relaciones coloniales puras, representan un cambio en el colonialismo, pero el colonialismo está ahí. Ellos son parte de las estructuras del neocolonialismo, del colonialismo oculto y mediatizado que contribuye a resolver muchos problemas políticos y sociales pa-

ra reproducir la acumulación colonial de capital y la dominación colonial de la mano de obra y de la sociedad.

Los nuevos empresarios, los trabajadores calificados, la pequeña burguesía, todos tienen algo en común que defender: propiedad, trabajo, estatus. Bajo condiciones estables, cuando existen altas tasas de desarrollo social y económico, tanto los “obreros protegidos” como los pequeños comerciantes florecientes comparan su suerte con las condiciones miserables de los perdedores coloniales y están listos a reforzar una liga o frente común para defender lo que ya han conseguido en una sociedad profundamente desigual. La clase dominante colonial puede caer bajo la hegemonía del capital transnacional, o quedar sujeta a los distintos regímenes militares y políticos: de hecho domina y gobierna, a través de coaliciones interclase, mediante la represión y el consenso, la explotación y la negociación neocoloniales.

Cuando la movilidad social es alta, aun los estratos más pobres de la sociedad colonial tienen ciertas expectativas; piensan que es posible mejorar su estatus personal o familiar a través de la educación, la migración y la integración. Las posibilidades verdaderas o ficticias de una *sociedad-en-que-se-puede-mejorar* son exaltadas por los sectores medios, especialmente por los que trabajan para la educación, la administración y el Gobierno.

Los sectores medios en estas sociedades desempeñan varios papeles que reproducen y remodelan las desigualdades coloniales. Desempeñan el papel de mediadores como gestores, árbitros, ideólogos. También desempeñan el papel asignado a las fuerzas represivas. Pobres, como son muchos de ellos, tienen cierta jerarquía en el neocolonialismo. Aun los soldados de fila se sienten superiores ante la población civil india o aindiada.

Como en los antiguos gremios, los obreros industriales organizados, las capas medias, y los “mediadores” alcanzan privilegios, inmunidades, excepciones y derechos de que los campesinos más pobres y los indios no disfrutaban. Cuando, habiendo nacido como indios, han abandonado sus pueblos, aprendido español o portugués y mejorado su condición miserable, sus nuevos papeles y posiciones los hacen sentirse parte de un orden que les da un

mejor lugar para trabajar y vivir, uno menos lastimoso, y hasta más “honrado”.

Si el español o el indio que se hacen mexicano o boliviano vuelven invisible la nueva situación colonial, los sectores medios la tornan confusa. Si las nacionalidades y las igualdades formales ocultan la situación colonial interna, los estratos sociales y la movilidad social suprimen de la conciencia colectiva el perfil de las desigualdades crecientes.

Las desigualdades coloniales existen aún entre los campesinos. Los que hablan español o portugués —la lengua oficial— son miembros de la cultura y la comunidad nacional dominante. A menudo tienen un estatus más alto que los campesinos que se expresan en dialectos o en idiomas indígenas sin uso o aceptación oficial.

La categoría de “indios” —categoría colonial— no ha desaparecido con el paso de los siglos. En algunos países todavía es una importante categoría social, aunque padece serios obstáculos para expresarse como categoría política. Las diferencias de las lenguas indígenas son a menudo un obstáculo insalvable para la mutua comprensión y asociación; a veces aun quienes hablan una misma lengua no pueden entenderse ni asociarse por las variantes de vocabulario y pronunciación. Las diferencias de intereses estrechos dividen constantemente a los miembros de la misma cultura y de la misma condición colonial. La mayor parte de los indios muestra, en la mayoría de los casos, un sentido “particularista” de pertenencia; como autoafirmación, se renueva y refuerza a través de luchas constantes por la tierra y el agua.

La lucha de clases interna y la estratificación se confabulan en contra de los pueblos indios. Una burguesía desfigurada de indios caciques que continúan hablando la lengua nativa y manteniendo la cultura nativa, explota a la gente que labora bajo su mando, sobre todo para beneficio de los “ladinos” y la perpetuación de sus propios privilegios, de tal manera que las relaciones capitalistas de producción y las formas rudimentarias de estratificación y de movilidad social dividen a los miembros de la misma cultura y comunidad. Estas contradicciones de clase y las diferencias

en los pequeños privilegios sociales aumentan con el desarrollo económico y el cambio social. Son complementadas por la discriminación que sufren los trabajadores indígenas por los propios campesinos pobres, otro gran obstáculo interno contra la acción política unificada. Un ejemplo: en La Convención, Perú, muchos campesinos —algunas veces ellos mismos indios— decidieron evitar la entrega de su tiempo al latifundista contratando a otro indio de las montañas, para que trabajara para el patrón en vez del contratante. El indio que trabajaba para el campesino se llamaba *allegado*. El sistema se volvió más diferenciado cuando los *allegados* siguieron los mismos pasos y contrataron a otros indios para que fueran sus arrendatarios; estos subarrendatarios se llamaban *suballegados*. El fenómeno duró por largo tiempo y hasta hoy funciona en muchos valles. Se da también en los llanos y las ciudades, y no sólo en Perú, sino en otras regiones de América Latina, donde se han impuesto sistemas de trabajadores que explotan a trabajadores, sean indios, ladinos o “nacionales”.

Desde la Conquista, los indios han sido controlados y dominados por indios, siempre bajo la protección de los conquistadores o de las clases dominantes y para ventaja sobre todo de estas últimas.

Cuando se considera a los indios y a los no-indios como simples categorías antagónicas y contradictorias, el sistema colonial en América Latina parece menos fuerte de lo que realmente es. El sistema colonial y neocolonial en realidad se ha consolidado a través de yuxtaposiciones de la desigualdad colonial con indios burgueses contra indios trabajadores; con trabajadores protegidos contra trabajadores colonizados. Para destruir el colonialismo y el neocolonialismo se requieren articulaciones políticas y revolucionarias mucho más complejas que las de una simple lucha entre razas o entre clases.

Los indios tienen un obstáculo más para unificarse como categoría política y social: son la matriz principal del campesino latinoamericano. Si los conquistadores españoles se transforman en criollos o “mestizos” y constituyen las bases sociales de la burguesía, la mayor parte de los indios se convierten en “mestizos”,

en campesinos y trabajadores agrícolas asalariados. La unión de los diversos pueblos bajo una bandera o nacionalidad más amplia (mexicana, peruana), su amalgama en una misma raza mezclada (de mexicanos, de peruanos), su identificación práctica y mitológica con una “cultura nacional” y estatal (la de México, la de Perú), son un obstáculo tan serio para la toma de conciencia e identidad del indio, como lo es su permanente fusión con el campesino, el trabajador agrícola y la clase trabajadora. Es más, la lucha de etnias o pueblos colonizados no es sólo eso: es también una lucha de clases, contra la explotación. Pero no es una lucha de clases sencilla: no sólo es una lucha de clases, es también una lucha contra la discriminación, la humillación y la opresión.

El problema es que cuando se descubren y denuncian las desigualdades y diferencias obvias entre los miembros de una misma etnia, o entre las distintas etnias dominadas, suelen olvidarse las diferencias entre las poblaciones colonizadoras y colonizadas. Es más, la metamorfosis del indio en campesino o proletario, al plantear formas importantes de integración en una clase social significativa, y la posibilidad de tomar partido con la clase trabajadora en un ámbito nacional e internacional a menudo llevó también a olvidar el problema indio, del trabajador colonial, de los pueblos colonizados. Los que hablaban de clase no hablaban de etnia, los que hablaban de etnia llegaban a no hablar siquiera del conjunto del pueblo-trabajador.

La pérdida de identidad de los indios que se convierten en campesinos entraña varias consecuencias no sólo para los indios, sino para los campesinos y trabajadores aladinados y ladinos. En la medida en que unos y otros no son capaces de reconocer sus relaciones íntimas y sus intereses comunes, y en tanto las organizaciones campesinas y obreras olvidan los problemas específicos de las comunidades indias, que requieren el apoyo del pueblo-trabajador, los “indios” se siguen reproduciendo como parte del sistema neocolonial.

Durante largos periodos, la metamorfosis del indio en campesino significó solamente una pérdida de identidad para el indio sin ninguna mejoría en la conciencia de un proletariado que no

reconocía su propia estructura colonial y neocolonial y la del país en que lucha. Paradójicamente, esa misma metamorfosis del indio en trabajador, esa misma integración de las organizaciones de los indios a las organizaciones del conjunto del pueblo, parecen ser los únicos caminos que permiten comprender los problemas del indio en su especificidad colonial y como parte de los problemas de la clase trabajadora, como parte de un programa de acción común de un pueblo heterogéneo, unido y respetuoso de las distintas etnias y colectividades.

En las ciencias sociales y en las ideologías políticas existen problemas parecidos. Con frecuencia los indios son considerados como campesinos y los campesinos como indios, mientras que la especificidad del problema indio desaparece, o el indio es aislado del resto del pueblo de los trabajadores rurales, de los pobladores urbanos y de la clase obrera. Al mismo tiempo, las circunstancias bajo las cuales el indio se convierte en campesino o en trabajador agrícola no quedan nunca claramente establecidas.

A partir de una definición conceptual del indio podría decirse que es indio el campesino que se identifica con una comunidad india. Tal es la definición que usó Alfonso Caso, un antropólogo mexicano, cuando hablaba de los problemas del indio. Otra posibilidad es usar las lenguas y dialectos indios como un indicador a fin de saber quién es indio. Pero la definición real de indio tiene dos significados: uno relacionado con el sistema global en que los indios viven y trabajan, y otro relacionado con las diversas culturas, lenguas y organizaciones políticas de las comunidades indias.

Los indios son la categoría social remanente y renovada de las relaciones de producción y dominación coloniales; es decir, los indios son los sobrevivientes de los pueblos conquistados del Nuevo Mundo que preservan aún, por lo menos en parte, sus culturas aborígenes y que continúan desempeñando en la América Latina contemporánea los papeles de la época clásica colonial, mientras juegan nuevos papeles propios el neocapitalismo periférico estratificado, móvil y negociado, que es también colonial.

Como muchos campesinos juegan los mismos papeles que los “indios” y sufren el mismo tipo de dominación y explotación, lo que realmente distingue a los indios de otros campesinos es su cultura aborigen, su estatus inferior en la estratificación y en la sociedad neocolonial, y su organización en comunidades políticas estructuradas.

En la medida en que los indios olvidan sus lenguas y culturas y mejoran sus condiciones coloniales miserables, no pueden expresarse como grupo, etnia o agrupación política autónoma. No pueden abogar por sí mismos en función de una identidad cultural, étnica o social. Se transforman en miembros del campesinado, de los pueblos-nación y de las clases trabajadoras de Latinoamérica. Esta transformación va a la par con el crecimiento de los mercados internos y nacionales, con la expansión de las ciudades y áreas urbanas, y con la creciente importancia de las empresas rurales nacionales y transnacionales. Sin embargo, como los indios no han desaparecido, y como su número incluso ha aumentado en términos absolutos; como los indios tienen formas específicas de resistencia y sobrevivencia, su especificidad debe ciertamente ser tomada en cuenta, pero también se les debe considerar como parte de una categoría más amplia que incluya a otras minorías coloniales, como los africanos o asiáticos, que son descendientes de los esclavos y de los trabajadores endeudados. Esta categoría más amplia vincula a los indios con la mayoría de los campesinos y trabajadores agrícolas de América Latina, que padecen un gobierno colonial o neocolonial y múltiples formas de discriminación y explotación.

En un enfoque global, los indios no son más que una parte de una compleja situación colonial, que cambia del capitalismo mercantil al capitalismo monopólico y transnacional, del trabajo obligado al trabajo asalariado, del gobierno colonial al gobierno del Estado-nación de la periferia. Indios son los habitantes de las reservas coloniales que mantienen sus comunidades sociales, culturales y políticas contra los colonialistas extranjeros y nativos, y bajo su dominación. Como etnias o pueblos sufren la discriminación, la opresión y explotación del capitalismo, el imperialismo y

la globalización. Al participar en la lucha de clases se ven insertos en ella con mediaciones muy fuertes en que se acentúan a menudo las luchas de las etnias por su autonomía y su identidad.

Si el colonialismo, el imperialismo y la globalización, en sus variadas formas, son las últimas fuentes de la sociedad dependiente *internacional* y *transnacional*, las comunidades indias y las poblaciones indias son la principal expresión de la sociedad colonial y neocolonial *internacional*.

Ni el conquistador extranjero es el único tipo de conquistador ni el indio conquistado es el único tipo de colonizado. Los “ladinos”, nativos o burgueses de América Latina, África y Asia juegan el mismo papel que jugaron los conquistadores y colonizadores extranjeros tradicionales. También muchos descendientes de africanos y asiáticos viven una condición colonial similar a la de los indios americanos. Es más, si los problemas del imperialismo y la globalización no se entienden sin ver los vínculos de las burguesías metropolitanas y las periféricas, los problemas del colonialismo interno no se entienden sin ver sus relaciones concretas con la burguesía, el imperialismo y el capitalismo transnacional o global.

Al acercarse a los problemas de la sociedad y el Estado en América Latina, “los conquistadores”, “las oligarquías” y “los burgueses”, o los distintos tipos de empresarios, ayudan a comprender las formas de dependencia y acumulación, mientras que la población colonial —indios o no-indios y los trabajadores coloniales discriminados y excluidos— ayuda a comprender los sistemas de control y explotación de los pueblos.

Para descubrir lo que realmente significa el Estado-nación en América Latina, a los hechos y relaciones internacionales y transnacionales como el imperialismo y la globalización es necesario añadir hechos y relaciones intranacionales muy significativos, como el colonialismo interno.

Los Estados dependientes y las poblaciones coloniales y neocoloniales no son una alternativa para excluir el análisis de clase. Ayudan a encontrar lo concreto. Es por eso que el “indio”, como grupo colonial preponderante en América Latina, es aún

más considerable cuando se le mira en relación con otras minorías colonizadas, tales como los negros, los chinos, los hindúes o indios de la India venidos al Caribe.

La necesidad de estudiar las características y problemas específicos de las comunidades indias no debería ocultar que, en la práctica y en la teoría, para una acción efectiva y una explicación confiable, los indios no sólo están potencial o actualmente vinculados al resto de las minorías coloniales sino a la mayoría campesina explotada, e indirectamente, al obrero industrial y al trabajador clase mediero que viven en una sociedad de clases de origen colonial y con formas de dominación, discriminación y explotación parecidas a las del colonialismo clásico. Con los campesinos, los indios tienen vínculos existenciales tan estrechos como los que tienen con otras poblaciones coloniales —de negros e hindúes—, y con los obreros y empleados encuentran identidades de oprimidos, discriminados, excluidos, y estrategias para una política de liberación que hoy se presenta en las propias luchas democráticas y en los movimientos sociales.

Las poblaciones coloniales y neocoloniales resienten problemas propios, sociales, políticos y culturales que no pueden ser considerados exclusivamente como problemas de naciones o etnias. Si esos problemas caben en “la cuestión nacional”, o en “las minorías étnicas”, también están vinculados a las estructuras fundamentales de la nación-Estado y de la lucha de clases como lucha concreta contra la explotación y contra las distintas formas de exclusión y discriminación. Cuando se ignora la relación de los problemas del indio y la etnia con el pueblo y el Estado, no se les puede entender, y quienes sufren esos problemas, como indios, no pueden luchar correctamente por superarlos.

Las poblaciones coloniales que se organizan como minorías étnicas, se ven impulsadas a unir sus organizaciones a las campesinas urbanas y obreras, mientras mantienen y fortalecen su autonomía e identidad. Sin ocultarse a sí mismas el vínculo que las une entre sí como pueblos colonizados, tienen que luchar con la nación-Estado que se libera como un todo, y con los demás colonizados, que luchan como pueblo trabajador o como movimien-

tos cívicos y políticos que buscan nuevas formas de liberación, justicia y democracia. En este sentido, los negros, los asiáticos y los indios se han unido y se unirán a las organizaciones nacionales y de clase, formando parte de ellas en la base y entre los líderes, siempre que se respeten sus autonomías y sus identidades. Cuando no lo hacen o no lo hagan debilitarán el sentido anticolonial, popular, nacional y democrático de sus luchas, y el papel que juegan y pueden jugar dentro de los movimientos progresistas del Sur y del Norte colonial del mundo. De la misma forma, el proyecto de un Estado-nación que busca liberarse y enfrentar las condiciones de dependencia internacional y transnacional, difícilmente alcanzará sus objetivos si no reconoce la autonomía e identidad de las etnias de origen colonial como un derecho constitucional y constitutivo.

El desarrollo desigual del capitalismo y las diferentes combinaciones de los diversos modos de producción y explotación bajo el colonialismo explican las variadas características de los pueblos colonizados. La presencia de dos o más categorías de hombres —en el fondo colonizadores y colonizados— da origen al concepto insuficiente de dos o más países dentro de un país: de “dos Brasiles”, de “muchos Méxicos”. En apariencia lo que caracteriza a estas regiones es una “sociedad dual”, o una “sociedad plural”. El fenómeno corresponde, en el fondo, al desarrollo desigual de un capitalismo colonial y neocolonial que combina y reproduce diferentes modos de producción y explotación internacional y transnacional con los de dominación y explotación intranacional, todo en medio de una rica variedad de organizaciones sociales y de patrones culturales hegemonzados hoy por el capital transnacional.

Si no se puede comprender la lucha de clases contra la explotación y la discriminación en América Latina sin un análisis concreto de la lucha colonial y neocolonial, ni se puede comprender la lucha del pueblo indio sin ligarlo a la lucha del campesino, a la lucha de los trabajadores asalariados y a las luchas del bajo pueblo, tampoco se le puede comprender si no se incluye la lucha de los indios por su autonomía. Los ideólogos que abogan por la de-

mocracia de bases populares sin considerar los derechos legítimos de los indios a la autonomía cultural y étnica o pluriétnica, dentro de un frente o gobierno popular “nacional” que articule sus propias organizaciones internacionales y transnacionales, cometen un error tan serio como los ideólogos que abogan por una lucha y organización india aislada del resto de los pueblos colonizados y de las masas populares, urbanas y trabajadoras.

Si el error de ningunear el problema colonial deja sin resolver la cuestión de la lucha de clases —o contra la explotación, la discriminación y la exclusión— en un sistema global colonial, el error de querer librar una pura lucha india anticolonial elude la cuestión de las formas de dominación y acumulación que prevalecen bajo el capitalismo metropolitano y periférico. En ambos casos se plantea una *lucha* inexacta: en uno, la de trabajadores que no incluyen a las poblaciones y a los trabajadores colonizados; en otro, la de las poblaciones colonizadas separadas del resto de los trabajadores y de los pueblos.

Es verdad que a menudo los líderes democráticos, populistas e incluso socialistas y revolucionarios han olvidado a las etnias y organizaciones indias, pero la respuesta correcta no es abogar por una lucha aislada de los “indios” contra los “ladinos” o “mestizos”, sino luchar por el reconocimiento de la autonomía dentro del pueblo y con *el conjunto del pueblo*, con el poder de todo el pueblo, en un *proyecto humanista y universalista* que abarque a todos los hombres y no que los tribalice.

La tesis de una lucha india aislada ha sido defendida por muchos antropólogos precisamente en el momento en que el neoliberalismo usó las diferencias de etnias y razas para debilitar a los grandes movimientos de liberación nacional y continental. Así, consciente o inconscientemente, los antropólogos que dijeron o dicen defender al indio y lo indio a menudo han contribuido a que la contrarrevolución neoconservadora y los movimientos neoliberales antipopulares aumenten las diferencias entre los *indios campesinos* y los *campesinos ladinos* o mestizos, y a que se beneficien de la lucha entre *los indios pobres* y *los cholos o blancos pobres*, a los que invitan a luchar por sí mismos y totalmente separados

contra un sistema muy complejo y desigual. De las luchas por la “liberación nacional” con frecuencia se ha pasado a la autodestrucción de las naciones con las luchas interétnicas, muchas de una inmensa crueldad, como se ve no sólo en América Latina sino en África, Asia y en la propia Europa. Al impulso de la “fuerza étnica” y los fundamentalismos fraticidas se ha añadido la política del *rational choice* y la exacerbación autodestructiva de las luchas de todos los pobres contra todos los pobres, en que el indio es el lobo del indio, o el ladino pobre el lobo del pobre indio.

La solución correcta es patrocinar tantas organizaciones como sea posible entre los indios, campesinos o trabajadores, respetando su relativa autonomía, su poder popular y democrático y los problemas sociales y culturales específicos, mientras se hacen todos los esfuerzos necesarios para que sus integrantes se unan conscientemente en un frente o coalición común, y en organizaciones comunes, que enfrenten al complejo Estado colonial, neocolonial y transnacional con una alternativa aún más amplia y variada que el Estado-nación popular, en un proyecto democrático de organización de los pueblos: nacional, regional y universal.

Si la estructuración colonial del trabajo explica la naturaleza del Estado colonial dependiente, también es importante para explicar el carácter de la liberación y de la lucha nacional. En la formación de nuevos Estados democráticos, en la América Latina se plantea en un primer plan el respeto a la autonomía, al poder y a la democracia de las etnias y comunidades indias o indígenas asociadas al *conjunto* del pueblo y del Estado.

Mariátegui propuso hace más de 50 años un programa de acción a corto y largo plazos que aún es válido. Además de la organización del indio como trabajador y de su incorporación a las organizaciones obreras, Mariátegui propuso “la coordinación de las comunidades indígenas por regiones”, “la defensa de la propiedad comunitaria”, la prosecución de actividades políticas y culturales en las comunidades para vincularlas con los movimientos urbanos y sindicales. Pensaba Mariátegui que estas medidas podrían conducir a la “autonomía política de la raza india” y a la “obligación de los indios de diversos países” de aliarse estrecha-

mente con los proletarios contra los regímenes feudales y capitalistas. Con todas las variantes históricas que vivimos, su perspectiva es válida aún hoy para comprender y cambiar la realidad de las oligarquías que con los señores de la tierra, los caciques, caudillos y burocracias autoritarias imponen un colonialismo global, transnacional y neoliberal.

La historia de los “indios” y de los “campesinos” es una y la misma hasta los tiempos presentes. Debería ser considerada como la historia de un Estado y una sociedad donde el pueblo trabajador ha sido tratado como pueblo colonizado, desde el capitalismo mercantil hasta el global, ya sea a causa de su “raza” o de su cultura, o más allá de la “raza” y la cultura, como ocurre con los “blancos pobres” del Caribe, o con los pobres de América Latina —más blancos que indios—, a quienes se trata como colonizados, situación que afecta a toda la sociedad y el Estado, así como las luchas nacionales y de clases.

Una situación que es colonial y global, y que hoy se renueva con las mediaciones neocoloniales y transnacionales, está en la psicología y la cultura del poder autoritario latinoamericano. Olvidarla con el argumento de que el colonialismo pertenece al pasado, o es exclusivamente un fenómeno internacional, o de que el capitalismo y la lucha de clases por sí solos explican los problemas de la sociedad y el Estado, es clausurar la comprensión de la esencia de los problemas de la democracia y la liberación latinoamericana.

Las poblaciones de origen colonial y neocolonial están en el centro de un fenómeno complejo de opresión, exclusión, mediación y de liberación y lucha mediada de clases y de pueblos bajo el colonialismo internacional e interno de hoy. Las metamorfosis del colonialismo y del capitalismo son la clave para la comprensión de un Estado y de una sociedad cuyas características principales se soslayan en la medida en que se intenta explicarlos sin un recurso simultáneo a la historia y actualidad del colonialismo y del capitalismo. El desconocimiento de esa historia afecta cualquier intento de profundizar en el proyecto democrático.

Ni el Estado de América Latina puede comprenderse sin una sociedad multiétnica, ni la construcción democrática, popular y nacional podrá dejar de expresar y representar a esa sociedad. La democracia participativa y representativa de América Latina, para serlo realmente deberá incluir y representar a las antiguas poblaciones de origen colonial y neocolonial como autonomía y como ciudadanía, o no será democracia.

El fin de la política racista, y de toda categoría política basada en la raza, habrá de coincidir con la representación de las culturas y las comunidades que han sido sometidas y explotadas por el colonialismo, sin cuya presencia no se explica el carácter del Estado colonial, y sin cuya fuerza sería inexplicable el carácter popular y democrático de cualquier Estado nacional.

El fin de la “discriminación” y de la “asimilación” coloniales y neocoloniales coincidirá con el respeto estatal a las culturas de los pueblos y con la participación activa de sus ciudadanos en las decisiones soberanas de los gobiernos.

El Estado colonial y neocolonial sólo desaparecerá cuando sus víctimas liberadas participen en el nuevo Estado democrático y popular, ya sea porque representen —como indios— los intereses comunitarios, ya porque representen —como ciudadanos— los del conjunto del pueblo; todo ello siempre que las etnias y los pueblos tomen las decisiones principales dentro de una estrategia local, nacional e internacional de poder democrático con bases populares y, más concretamente, de poder del pueblo trabajador que se libera de la explotación internacional e interna con un proyecto de pluralismo ideológico y religioso, y de democracia universal.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Formas de gobierno indígena*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- , *Regiones de refugio*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1967.

- Argueta, Arturo y Arturo Warman, *Nuevos enfoques para el estudio de las etnias indígenas de México*, México, Porrúa-CIICH-UNAM, 1991.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo: una civilización negada*, México, Grijalbo, 1990.
- Castellanos Guerrero, Alicia y Gilberto López y Rivas, *El debate de la nación: cuestión nacional, racismo y autonomía*, México, Claves Latinoamericanas, 1992.
- Díaz-Polanco, Héctor, *Etnia, nación y política*, México, Juan Pablos, 1987.
- Díaz-Polanco, Héctor y Gilberto López y Rivas, *Nicaragua: autonomía y revolución*, México, Juan Pablos, 1986.
- González Casanova, Pablo, "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo", en *América Latina*, No. 3, año VI, Rio de Janeiro, julio-septiembre de 1963. (Traducción al inglés: "Internal Colonialism and National Development", en *Studies in Comparative International Development*, vol. 1, Washington, Washington University, 1965).
- Marroquín, Alejandro D., *Balance del indigenismo*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1972.
- Mejía Piñeros, María Consuelo y Sergio Sarmiento, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo XXI, 1977.
- Nahmad Sitton, Salomón, "Gobierno indígena y sociedad nacional", en *América Indígena*, No. 4, vol. XXXV, México, 1975, pp. 857-867.
- Pozas, Ricardo e Isabel H. de Pozas, *Los indios en las clases sociales de México*, México, Siglo XXI, 1971.
- Stavenhagen, Rodolfo, *Derecho indígena y derechos humanos en América Latina*, México, Colmex, 1988.
- , *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI, 1969.
- Warman, Arturo, *et al.*, *De eso que llaman antropología*, México, Nuestro Tiempo, 1970.
- Warman, Arturo y Arturo Argueta, *Movimientos indígenas contemporáneos de México*, México, Porrúa-CIICH-UNAM, 1993.